

Alcances

No hubo dolor en la pobreza.
El amor, con su hinchada hegemonía,
fue tan grande como puede ser el amor en la pobreza.

Yo no conocí el hambre,
mis huesos crecieron con crujidos pretéritos.
No conocí el hambre ni los platos dorados que mitigan
[la gula.

Fui presencia en el olvido,
un margen agraciado en el asalto que el día ofrece al
[que no tiene,
al que conserva el dulzor de la nieve durante todo el
[año.

No hubo dolor en mi pobreza,
el lomo de mi madre resistió abundante y frondoso,
doce horas al día su curvatura se apoderaba de mi
[escasez
y el carbón nos hacía feligreses del calor ajeno y sudado.

Era sagrada nuestra ausencia de bienes
y el olor a lluvia y gotera compensaba la tristeza del
[sollozo.

Mi pobreza fue constante y suave,
rellena de manjares abundantes que suplían a telas y
[platas

en medio de un candor soluble,
como el café en la escarcha de la ventana
o los sueños repletos de espartos
amados profundamente por la viuda más amada de mi
[historia.

Yo no conocí el hambre y sí la fiebre.
Los sudores y la piel ajada me acompañaron en la
[infancia.

Las mezquitas del amor se me ocultaron
y tan sólo el terrazo frío me aleccionaba en el hogar.

Yo no conocí el hambre,
hubiese dado días de deseo por aliviar el peso de mi
[madre,
pero mi estrechez fue colosal y su vida tan enorme
como toda la que habita en los pliegues de mis ganas.

Rafael Saravia